

adoró a la Razon; es cierto que el nuevo culto no fué más que una orgía; pero dejemos a un lado los excesos, y penetremos en el fondo de las cosas. El dogma fundamental del cristianismo tradicional conduce entre los católicos a la creencia de un Dios-pan ó de un Dios-harina que subleva la cólera y el disgusto de los filósofos. Bajo el reinado de la Razon, se abandonó con desprecio el culto de la harina, y se creyó que se honraria más a la divinidad con la práctica de todas las virtudes (1). Este culto, si realmente hubiese sido practicado, ¿no hubiera valido más que el culto católico?

Los abades pretenden que los excesos del 93 fueron inspirados por el ateísmo. Citan el discurso de Dupont en la Convención, y no tememos el transcribirle, aunque esta triste filosofía no sea la nuestra. "¿Qué, dice Dupont, los tronos están derribados, y los altares aún están de pie! ¿Creéis, pues, fundar y consolidar la República francesa con otros altares que los de la patria, con otros emblemas religiosos que los árboles de la libertad? La naturaleza y la razon, estos son mis dioses. Si, lo confieso de buena fe a la Convención, soy ateo." Apresurémonos a añadir que esta profesion de ateísmo fué acogida con horror por la Asamblea, aunque ciertamente la menos cristiana que jamás se haya reunido en la patria de Voltaire. No, la filosofía del siglo XVIII no era el ateísmo, y digase lo que se quiera, en las orgías del 93 había otra cosa que ateísmo. ¡Singulares ateos los que corrían a la muerte para defender el suelo de la patria y para hacer triunfar la libertad! Preferimos esos ateos a los cristianos fervientes que hemos visto en nuestros días aplaudir los golpes de Estado.

Con todo eso, ¿qué eran los excesos del 93? Una violenta reaccion contra las supersticiones católicas. Por su naturaleza misma, esos movimientos traspasan los límites de lo que la razon puede reconocer; pero ¿quién es el verdadero culpable? Es el catolicismo, que durante tantos siglos había embrutecido los espíritus; al romper sus cadenas, los hombres pasaron fatalmente de la esclavitud intelectual a la licencia. El culto no era más que un monton de monerías; se abolió toda especie de culto. En los departamentos como en Paris, el catolicismo fué desterrado, insultado, perseguido. Reclamó contra la intolerancia revolucionaria. Ha-

(1) GRÉGOIRE, *Historia de las sectas religiosas*, t. 1, p. 42.

bía, en efecto, algo de fanatismo en los hombres del 93; pero por primera vez, la persecucion tuvo por fin la emancipacion de los espíritus. Eran los representantes en comision, dice Barante, los que se hacian profesores de ateísmo. No, eran los apóstoles de la libertad de pensar. Escuchen los informes de los comisarios de la Convención; respiran un odio ardiente contra los sacerdotes, pero también hay en ellos la conciencia de la emancipacion.

André Dumont escribe: "Sesenta y cuatro curas no juramentados vivían en comun en una casa perteneciente a la nacion; los he hecho atravesar la ciudad para ir a la cárcel. Esta nueva especie de monstruos que aún no se habían expuesto a la vista del pueblo ha producido un excelente efecto. Los gritos de *Viva la República* resonaban al lado de este rebaño de bestias. Indícame el destino que debo dar a esas cinco docenas de animales que he expuesto a la irrision pública. Había encargado a algunos cómicos que les sirvieran de escolta." No abrazamos el partido de la persecucion. Pero ¿hacia completamente mal, cuando decía que los sacerdotes eran *arlequines vestidos de negro*, que sus monerías no tenían otro objeto más que el estafar dinero, que era preciso hacer un auto de fe con los confesionarios? Se habían recomendado a Dumont como buenos patriotas a dos curas juramentados; declaró "que no podía considerar como tales patriotas más que a los curas que desde el púlpito, ahora llamado con justicia cátedra de la verdad, reconociesen que no existe realmente más religion que el espíritu y el corazón."

André Dumont escribe también que había hecho desaparecer los crucifijos y las cruces. Esto era la abolicion violenta del cristianismo; pero si no hubiera habido en las iglesias más que crucifijos y cruces, y si los curas hubieran predicado en ellas la religion del Crucificado, dudamos mucho que jamás se hubiesen visto las orgías del 93. Escuchemos el informe de los comisarios de la Convención en el departamento del Gers; se felicitan del éxito de su *apostolado filosófico*: "El pueblo estaba maduro, y el último día de la tercera década fué designado para celebrar la abolicion total del fanatismo. El pueblo entero se ha reunido en un boulevard campestre, para celebrar un banquete fraternal. Después de esta comida lacedemoniana, ha recorrido la ciudad arrancando y pisoteando

todos los signos fanáticos. Después se han hecho traer en una carreta *dos vírgenes milagrosas*, las cruces y los santos que no há mucho recibían un incienso supersticioso. Estas ridículas futilidades han sido arrojadas a una hoguera cubierta de *títulos feudales*, y se ha encendido el fuego en medio de las aclamaciones de un pueblo numerosísimo. La carmañola duró toda la noche alrededor de este *brasero filosófico*, que consumía a la vez tantos errores" (1).

Las vírgenes milagrosas y los títulos feudales, quemados en una misma hoguera, explican los excesos del 93 mucho mejor que todas las declamaciones contra el ateísmo del siglo XVIII. Esto era una verdadera guerra contra los errores, es decir, una *crusada filosófica*. Estos errores habían servido durante muchos siglos para encadenar a los pueblos: había habido una alianza sacrilega entre el trono y el altar, para conservar a los hombres en la esclavitud, servidumbre del pensamiento, servidumbre civil, servidumbre política; en el 93, los esclavos rompieron sus cadenas: no las rompen nunca sin excesos. Muy distantes de maldecir a la Asamblea que presidió a esta emancipacion, no tenemos más que un sentimiento, y es que la guerra que hizo a los errores no haya concluido con una victoria más completa. Pero el estudio de la historia nos enseña a cada página que el progreso no puede realizarse repentinamente, como si fuera efecto de una vara mágica. La supersticion había puesto muchos siglos en embrutecer a la especie humana; sería preciso una educacion secular para transformar los brutos en hombres. Esto no impide que las revoluciones hayan tenido una mision gloriosa: excediendo su objeto, le marcan y lanzan a la humanidad por la via del porvenir.

IV.

La reaccion quería deshonorar el movimiento del 93, confundiéndole con el ateísmo. Pero apenas si pueden imputarse esos excesos a la incredulidad. Había hombres que hacían profesion de sentimientos católicos, a nuestro parecer exagerados; sin embargo, se expresaban contra el sacerdocio y la Iglesia con una violencia que hoy no toleraría-

mos en un enemigo declarado del catolicismo. Hemos oído a Fauchet, el vicario general de 1789; continuó unido a todas las creencias del catolicismo galicano; arrastrado, por amor a la libertad, a entrar en las filas del clero constitucional, fué elegido obispo de Calvados. Un obispo en esta época debía ser, antes que todo, un buen jacobino. Fauchet hizo, pues, profesion de fe en el club de Caën; vamos a transcribir el juramento que pronunció en él. Ciertamente no ha habido jamás un sacerdote que haya pronunciado uno semejante, y, sin embargo, lo repetimos, Fauchet era un creyente, y tuvo el valor de conservar su fe bajo el régimen del Terror. "Juro, dijo, un odio implacable al trono y al sacerdocio, y consiento, si violo este juramento, que se claven mil puñales en mi pecho perjurado, que mis entrañas sean desgarradas y quemadas, y que mis cenizas se lleven a los cuatro extremos del universo para que sirvan de monumento a mi infidelidad" (1). Esta es la frase terrible salida de los labios de Shakespeare, como una sombría profecía del porvenir: "Unking and unpriest the earth." Libertar la tierra de los reyes y de los sacerdotes. El año II de la República, un mediano escritor publicó un *Catecismo de la naturaleza ó Religion y moral naturales*. Blanchard sostiene con fuerza la idea de Dios y de religion contra los incrédulos y los materialistas, pero está tan duro con los sacerdotes como los Chaumette y los Hébert: "Un sacerdote, dice, hace su trabajo como un mozo de cordel hace el suyo; ambos hacen su oficio, porque viven de él. El de sacerdote es el más vil de todos, es un oficio de hipócrita; no se apoya más que en los temores que hace surgir y que después alimenta... Perdónese esta salida contra los sacerdotes, no está en mi carácter. Pero cuando me fijo en los crímenes que han cometido, las desgracias que han atraído a todas las naciones, mi sangre se enciende" (2). Esto explica el insulto y el ultraje que los discípulos de los filósofos lanzaban a los ungidos del Señor. Una obra publicada en 1792 por un panteísta los llama *canalla sacerdotal*. Bonneville no era, sin embargo, hostil a la religion (3).

Hay un rasgo que caracteriza admirablemente

(1) *Conjuracion contra la religion católica*, p. 44.

(2) BLANCHARD, *Catecismo*, p. 156, 159.

(3) BONNEVILLE, *el Espíritu de las religiones*, p. 31.

(1) DE BARANTE, *Historia de la Convención*, tomo IV, páginas 36, 37, 39.

el furor de las pasiones anticatólicas de la Revolución. Hemos dicho que Voltaire pasaba por un santurrón entre las gentes de distinción, porque creía en Dios. ¡Quién hubiera creído que Robespierre sufriese la misma suerte en 1793! Discipulo de Rousseau, sintiendo verdadero disgusto por el brutal materialismo de Chaumette y de Hébert, hizo decretar á la Convención la existencia de Dios y el culto del Sér Supremo. Hoy los católicos se burlan de ese culto, si no lo insultan. ¡Pues bien! en el 94, se le consideró esta fe como un crimen, mucho más que su temperamento sanguinario: "Ese maldito de Robespierre, dice un revolucionario puro, nos ha hecho retroceder diez años con su Sér Supremo; nadie pensaba ya en él. Íbamos bien, y nos lo ha echado á perder todo." Cuando Robespierre pasaba por un moderado, ¿cuál debía ser el odio de los exaltados contra todo lo que recordaba la antigua superstición?

Por esto el desprecio y el odio al catolicismo sobrevivieron al Terror; podría decirse que la aversión iba creciendo. Hubo también terribles luchas en el seno de la Convención despues del 9 thermidor; pero en el terreno de la religión, todo el mundo estaba conforme. Cambon hizo decretar que la República no pagaría ya los gastos de ningún culto. En su informe, se excusa de hablar aún de los curas, cuando la nación había manifestado tan enérgicamente su opinión contra todas las preocupaciones religiosas; dice que "se habían cerrado en todas partes las iglesias, gracias á los progresos de la razón, y despojado de las capas de coro, casullas, cruces, hisopos y demas utensilios." Estos eran los sentimientos de todos los revolucionarios. Los unos decían: "Cuando haya paz será preciso deportar á los ministros de todos los cultos, y no permitir jamás que ninguno se introduzca en la República." *Aplastemos la infame*, decían otros, repitiendo la frase famosa de Voltaire. Los más moderados exclamaban: "Que cada cual tenga su ídolo en su casa, enhorabuena; pero no más ceremonias públicas, ni reuniones religiosas." Esperaban que dejando morir á los curas de inanición, el combate concluiría por falta de combatientes. Escuchemos uno de esos moderados (1).

Boissy d'Anglas hizo el año IV un informe respecto á la libertad de cultos. Un partidario de

la antigua religion dice con razón que es una acta de acusación contra la Iglesia y contra el catolicismo. Jamás fué proclamada con más dureza la incompatibilidad entre el cristianismo tradicional y el régimen de la libertad de pensamiento. Nótese que es un informe oficial, y, como dice el apologeta católico, ni un murmullo vengó á la religion de esos frios é insultantes ataques (1). Boissy d'Anglas llama las creencias religiosas *ilusiones, opiniones falsas y quimeras*, que han sido demasiado tiempo dueñas del mundo. Obras del error, su destino no puede ser dominar siempre á los hombres. Pide que las leyes y la filosofía se unan para curar á los hombres de sus preocupaciones (2). "El legislador, dice, debe procurar calmar esa exaltación del espíritu, modificar las creencias religiosas, *extinguirlas ó cambiarlas en sentimientos más dulces.*" Boissy d'Anglas da aún más importancia á la influencia de la filosofía: "Ella debe ilustrar la especie humana y desterrar de la tierra los largos errores que la han dominado." Se pretende que los hombres necesitan una religion, y por ésta se entiende una fe sobrenatural que le es comunicada por medio de una vía milagrosa. El ponente de la Convención responde que los hombres han pagado muy caros los consuelos que han recibido de la fe: "Sin hablar de las persecuciones religiosas, de la Saint-Barthélemy, de la Vendée, la religion ha venido á ser un instrumento de esclavitud. Servil por su naturaleza, auxiliar del despotismo por su esencia, pactó por todas partes con los déspotas de la libertad del género humano, atacando el poder civil, cuando éste se atrevía á querer libertarse de sus lazos, y vendiéndole su influencia siempre que podía esperar engrandecerse con él. Intolerante y dominadora, había embrutecido á la especie humana hasta el punto de hacerle adorar las cadenas con que la abrumaba."

Como se ve, es siempre la misma acusación la que resuena contra la Iglesia y contra el catolicismo: la alianza del trono y del altar, celebrada durante el siglo XVIII como una garantía de estabilidad y de fuerza para el poder real y para la religion. En vano los católicos demócratas tratan hoy de romper esta terrible solidaridad; la tradición

(1) *Apología de la religion*, p. 4-6.

(2) Tenemos á la vista el informe impreso por orden de la Convención.

(1) DE BARANTE, *Historia de la Convención*, t. V, p. 374, 375.

está contra ellos, y hasta el interés del cristianismo histórico. ¿Por qué el papado ha condenado á Lamennais, el más ilustre órgano de la escuela que quisiera reconciliar la religion con la libertad? Porque la libertad política supone la libertad de pensar, y la libertad de pensar conduce fatalmente al racionalismo. No le falta, pues, razón al papado para querer conservar la antigua unión del catolicismo y el poder real. Pero los reyes se van, y ¿qué será entonces de la Iglesia?

Hay más: la Iglesia es incompatible con el Estado, llámese rey ó república, porque su ambición eterna, una ambición á la cual no podría renunciar, es la de constituir un poder, ser ella misma un Estado colocado fuera del Estado laico y dominándole por la razón que da al alma la dominación sobre el cuerpo. La Iglesia no renunciará jamás á esta ambición, porque tendría que renunciar á su pasado, tendría que abdicar; ahora bien, á los soberanos se les destrona, pero ellos no abdicar jamás. La Revolución destronó á la Iglesia; entre los motivos de su caída, no olvidó su inaliabilidad con la soberanía civil. Escuchemos á Boissy d'Anglas hablando á la Convención: "El poder de la Iglesia ha sido largo tiempo rival del Estado; la habéis hecho extraña al gobierno, la habéis expulsado para siempre de vuestra organización política. *De todos los triunfos que habéis obtenido, este es el que consolida más la democracia que habéis jurado.*"

Boissy d'Anglas tiene razón. Si bajo el antiguo régimen el poder real había consentido en dividir el poder con la Iglesia, es porque la religion le prometía como compensación la sumisión inalterable de los pueblos. La Revolución, que destruyó el despotismo político, no podía tener ya por aliado al despotismo religioso. Desde entonces, la Iglesia se convertía en enemiga. Era contrarrevolucionaria por esencia, y la terrible guerra de la Vendée demostró qué poder funesto ejercía aún sobre los espíritus. ¿Cómo destruir una influencia que tenía sus raíces en antiguas creencias, en las preocupaciones y las supersticiones que el clero había tenido cuidado de alimentar durante tantos siglos? Esta era la gran preocupación de la Revolución. Boissy d'Anglas, aunque se hizo ilusiones acerca de los hombres y de las cosas como todos los revolucionarios, hace constar, estremecido, que el viejo culto tiene aún sectarios, que sus dogmas no son extraños á la *credulidad* de los espíritus. In-

vestiga las causas. Primeramente, es la *barbarie* de los idiomas que conserva la *ignorancia* en algunas comarcas de la república. Después, el encanto de la costumbre, la fuerza de las primeras impresiones. Pero hay una causa más poderosa, según él, la persecución dirigida bajo el régimen del Terror contra hombres extraviados. La fe se reanima al fuego de la persecución. Boissy d'Anglas cree que esa vida es una vida facticia. Discipulo del siglo XVIII, no ve en los dogmas cristianos más que *absurdo*; con el lenguaje violento de la época, llama *atroces* las creencias y las prácticas de la Iglesia. Está muy convencido de que el catolicismo se extingue y que sucumbirá bajo la razón cuando esté secundada y dirigida por el gobierno. No quiere ya violencias contra el culto; recomienda la tolerancia y una independencia perfectas: "No dar á la religion ninguna acción sobre el Estado; ha sido desterrada de él, no entrará ya más. Dejar obrar á la razón; sólo ella podrá triunfar del error. En un siglo de luces, únicamente ilustrando á los hombres se les puede atraer á los verdaderos principios de felicidad y de virtud."

La opinión pública era menos tolerante que el legislador. Cuando, en virtud de la ley del 3 de ventoso, año III, de la que Boissy d'Anglas fué el ponente, varias iglesias fueron devueltas al culto, la *Década filosófica* anunció el hecho, en el artículo *espectáculos*, en estos términos: "El 18 y el 25 de este mes se ha dado en algunos puntos de París una comedia cuyo personaje principal, revestido con un traje grotesco, ejecuta muchas extravagancias ante los espectadores que no rien de ellas. No siendo costumbre hablar de las piezas que se vuelven á dar en el teatro cuando no ofrecen nada de útil ó de interesante que dar á conocer, no diremos nada de esta." ¡Qué odio tan profundo en este desdén!

V

Este espíritu de hostilidad se conservó durante toda la Revolución. El reinado del Directorio fué una lucha continua entre las tendencias revolucionarias del gobierno y el movimiento de reacción que se desarrolla en el seno de la sociedad. ¿A qué tendía esta reacción? A la restauración del poder real y de la Iglesia. Todos los partidarios del pasado se unían para minar la Revolución. Los revo-

lucionarios, por su parte, continuaron la guerra á toda costa contra los curas y contra la religión. Cuanto más en peligro estaba la república, más ardiente era el odio. Un contemporáneo comprometido en estos combates, Thibaudeau, dice que había representantes que sólo al oír el nombre de cura sentían crispaciones de nervios (1). En Montpellier, un orador popular declamaba contra los monstruos llamados sacerdotes (2). En un discurso decenario pronunciado en París en la sección de Guillermo Tell se dijo: "Separad principalmente de la instrucción pública á esos monopolizadores del cielo, á esos sacerdotes, ó bribones ó imbéciles que, unas veces hipócritas ó audaces, soplan el frío ó el calor según el termómetro de su interés," (3).

Se trató de reemplazar la religión cristiana con una especie de religión civil. Todos los que tenían una gota de sangre revolucionaria en sus venas trabajaron con ardor febril en la destrucción del cristianismo, y no temieron llamar públicamente *imbéciles*, en sus informes oficiales, á todos los que creían en la divinidad de Jesucristo y en su resurrección. El Directorio se asoció á estas violencias: en una proclama del 19 ventoso, año VI, respecto á elecciones, dijo que era preciso separar á los desgraciados fanáticos á quienes ciega la credulidad y que aun quisieran arrodillarse ante los sacerdotes. Gregorio, ese cristiano sincero que permaneció siempre fiel á la libertad y al Evangelio, se indignó de esos ultrajes, y pregunta si Milton, si Newton, si Locke eran *imbéciles*, si Bossuet y Fenelón lo eran también (4). El obispo de Blois profesaba un cristianismo suyo, lo mismo que los ilustres Ingleses que cita. Tuvo que abandonar su obispado á un católico romano; el papa lo trató de cismático, y Napoleón lo rechazó por su amor á la libertad. Él mismo es, pues, una prueba viviente de la incompatibilidad radical que existe entre el catolicismo y las creencias políticas de los tiempos modernos.

La Iglesia constitucional no volvió á traer á la fe á las generaciones imbuidas del espíritu revolucionario. Todos aquellos que amaban la libertad continuaron haciendo guerra á muerte al cristia-

(1) THIBAUDEAU, *Memorias*, t. II, p. 108.

(2) GÉGOIRE, *Historia de las sectas religiosas*, t. I, p. 210.

(3) *Colección de discursos decenarios pronunciados en la sección de Guillermo Tell*, t. III, p. 45.

(4) GÉGOIRE, *Historia de las sectas religiosas*, t. I, páginas 197, 312.

nismo. De esta época data una obra donde se presenta á todas las religiones como idénticas, siendo todas una especulación sacerdotal, fundada en empréstitos hechos á la astronomía. Ya no se leen casi los enormes incuarto de Dupuis; lo que nos ha admirado más recorriéndolos es el odio que respira contra los sacerdotes: "*Engañar y engañar siempre, esta es su divisa en todos los países.*" ¿Y por qué engañan al mundo? Para explotarlo. Dupuis censura enérgicamente su codicia: "Cuando la nación reivindicó los bienes que habían sido arrancados por medio de la superchería, los curas alarmaron las almas débiles con los pretendidos peligros que corría la religión; incendiaron su patria con el fuego de las guerras civiles, llevando por todas partes las teas de las furias, bajo el nombre de antorchas de la religión; conmovieron todo el imperio, hasta el universo entero, á riesgo de ser sepultados bajo sus ruinas: *Tan terrible es la venganza de un sacerdote ávido á quien se le arrebató el fruto de muchos siglos de imposturas.*" No hay que decir que Dupuis no quiere más sacerdocio: "Que cada cual, dice, sea sacerdote de sí mismo," (1).

En el año primero del siglo XIX, un escritor cuyo nombre es mal reputado, Sylvain Maréchal, publicó una obra sobre la Biblia y la dedicó á los ministros de todos los cultos. La epístola es más notable que el libro. En vísperas de la restauración de los cultos, el autor se muestra aún muy convencido de que la religión está muerta: "Apresuraos, dice á los ministros de todos los cultos, apresuraos á abjurar una profesión que no podéis ejercer sin excitar la risa y sin reiros de ella vosotros mismos detrás de los altares. Llegará un tiempo en que el papel que hacéis será un problema histórico. A los venideros les costará mucho trabajo encontrar verosímil vuestra existencia actual; no se querrá creer que hubo un tiempo, muy largo tiempo, durante el cual, en presencia de la filosofía, hombres sin vergüenza ofrecían á las adoraciones de toda la tierra un Dios hecho pan entre sus dedos benditos... *¡Temed al porvenir!*... Dejad pasar un poco de tiempo más, y el zapatero de viejo se creará deshonrado en tocar la mano de un sacerdote," (2).

No nos asociamos á las injurias. Pero aunque incurramos en la maldición de todo lo que se llama

(1) DUPUIS, *Origen de todos los cultos*, t. I, p. 433; t. II, parte segunda, p. 155.

(2) SYLVAIN MARÉCHAL, *Por y contra la Biblia*, p. VII y XIII.

sacerdote, diremos, con Sylvain Maréchal, que llegará un día en que costará trabajo á los hombres comprender la ignorante credulidad de sus antecesores. El reinado de la ignorancia tendrá fin. El sol de la verdad disipará las tinieblas del error. Diremos con el escritor francés: "*¡Temed al porvenir!* Usáis y abusáis de la imbecilidad humana; pero hasta la imbecilidad tendrá su fin, porque los que la explotan no ponen límites á su ambición y á su codicia. Estamos en plena reacción católica. ¿Se ve acaso depurarse y fortificarse el sentimiento religioso? Se ven resucitar groseras supersticiones, y esas abominables farsas sirven para el fraude, el robo y el bandolerismo sagrados. A la reacción llamada religiosa seguirá un movimiento en sentido contrario. *¡Temed al porvenir!*"

§ II.—La religión secularizada.

I

Llegamos á la separación de la Iglesia y el Estado, decretada por la Convención. No tiene nada de común con la separación tal como la piden hoy, por una parte los católicos, por la otra los protestantes y los liberales. Para los católicos, la separación no es más que un arma de guerra, un medio de recobrar la dominación que se les va. No la quieren por principios; el papa se ha explicado claramente más de una vez sobre este punto. El ideal del catolicismo ha sido siempre la unión, la armonía de la Iglesia y del Estado; innumerables concilios han proclamado esta unión como un dogma. Le es imposible al catolicismo, que descansa en la tradición, el rechazar lo que ha constituido su fuerza durante tanto tiempo, y, en realidad, no piensa en ella. Si en Bélgica los católicos han inscrito la separación en la constitución, es porque la han organizado de modo que el clero conserve las ventajas de la unión, adquiriendo á la vez una independencia completa respecto al Estado. La Iglesia nombra sus ministros sin que el Estado pueda intervenir. Goza de la libertad absoluta de asociación, lo que le permite reconstituir los conventos, con todos los abusos que á ellos iban unidos y sin ninguna de las garantías que existían bajo el antiguo régimen, en favor de las familias, en favor de la sociedad, y además hay fraude, y fraude permanente que arruina el fundamento mismo del esta-

do social, destruyendo el respeto de la ley. La Iglesia tiene la libertad ilimitada de enseñanza, lo que en un país católico equivale al monopolio; ahora bien, el que dispone de las generaciones nacientes dispone del porvenir de la nación. Dejad obrar á este sistema durante un siglo, y Bélgica será un convento de capuchinos. El bello ideal de la separación de la Iglesia y del Estado, según la constitución belga, es que el Estado pague grandes sueldos y conceda generosos subsidios á un clero que, desde que es libre, se ha hecho ultramontano, es decir, enemigo jurado de la independencia del Estado y de la libertad de los ciudadanos. Esta consecuencia inevitable de la separación merece llamar la atención de los protestantes y de los liberales que ven en ese sistema un progreso considerable para la libertad y para la religión. ¿Qué ganaría la libertad en que una nación doble su cabeza bajo el yugo del ultramontanismo? Y ¿qué ganaría la religión misma en la recrudescencia de todas las supersticiones? Esa es la separación en Bélgica: es un engaño clerical.

Los protestantes y los liberales que preconizan la separación de la Iglesia y del Estado como la única solución racional del formidable problema que tanto tiempo ha agitado y ensangrentado la Europa no la entienden á la manera de los católicos. Para los protestantes, la separación es un problema de libertad. La Reforma, obligada á apoyarse en los príncipes para defenderse contra el papa, ligado con la Casa de Austria, dió al Estado una acción muy grande en las Iglesias, y, por consecuencia, en la religión. Muchas veces fué tratada la religión como asunto de policía; la libertad religiosa sufrió por ello, y el sentimiento cristiano se debilitó. Para los protestantes, la religión es principalmente un sentimiento individual que debe su fuerza á la conciencia, al fuero interno; darle por apoyo la protección del Estado es viciarla. Por esto los protestantes más celosos pedían se rompieran los lazos que unían su confesión al Estado, y si sólo se trataba del protestantismo, es cierto que la separación no podía menos de ser beneficiosa. Es importante volver á traer la religión á su verdadera misión, que consiste en santificar las almas. A este título, la libertad es el régimen que mejor la conviene.

Los liberales, en general, no tienen esas preocupaciones religiosas; la mayor parte no son cris-